

Gabriel
Hernández Ramos*

ANTROPOLOGÍA

Cantos ceremoniales

Que al menos queden flores, que al menos queden cantos... Tal era la preocupación del poeta filósofo prehispánico, preocupación y sentido de la vida que nos sigue rigiendo a quienes de alguna manera continuamos hasta la fecha con la hermosa labor de preservar el rito de la flor y el canto, la danza ceremonial de los concheros.

Los cantos ceremoniales, alabados por la tradición popular y las mesas de concheros en Amecameca, Tepetlixpa, San Rafael, Huexoculco, en el Estado de México, y Xalixintla en el estado de Puebla, todos ellos poblados aledaños a los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, representan un muestrario —y por ello un registro temporal, regional y personal— del canto sagrado en esas localidades. Temporal porque todo el tiempo aparecen nuevos cantos; regional porque se enfatiza más que nada en lo que se canta en tales poblados, y personal porque influyó mucho en la selección el gusto personal del autor, sobre todo si se toma en cuenta que el total de cantos existentes es sumamente extenso.

* Conchero, músico y danzante, recopilador de alabanzas, originario de Amecameca, Estado de México. Licenciado en Letras Hispánicas por la UNAM.



¿Por qué una antología del canto si se trata de la danza de los concheros? Bueno, se sabe de registros fonográficos, videográficos y bibliográficos acerca de nuestra danza, pero específicamente de nuestro canto, a fondo, no los hay.

En un principio, éste no era un libro. Tuve la intención de ir juntando unos cantitos como parte de mi aprendizaje personal dentro de la tradición de la danza en 1986, bajo el amparo del jefe de danza Faustino Rodríguez Ávila, de la palabra de Tepetlixpa. Lo anterior fue debido a que yo no entendía qué cantaban los concheros, y entonces —según yo para no verme tan mal— sólo movía la boca simulando cantar.

Poco a poco la afición por los cantos y sus creadores fue en aumento. Los solemnes e inspiradores cantos de pedir permiso y dar gracias, los cantos para sanar las despedidas de difunto, los cantos que llaman a reunión, a la entrega y a la guerra, los cantos de alegría y tristeza, los cantos que honran nuestro pasado prehispánico, las loas a nuestros *tlatoanis*, a nuestras ánimas, a nuestros jefes antiguos y recientes. Los cantos ejecutados de memoria, la improvisaciones o esos cantos compuestos y ejecutados una sola vez en honra a un jefe muerto. Los cantos fueron llegando a mí como yo fui cayendo entre las posesiones de la danza.

En un principio éste no era un libro, era una herramienta personal para el trabajo devocional en las velaciones y las danzas de los concheros. Años después, cuando pretendí licenciarme en letras mi asesor me rechazó una investigación sobre las oraciones y ritos de los hermanitos graniceros, porque era —según él— un tema más afín a la antropología que a la literatura. Entonces me hizo develarle mis cantos reunidos y así las colecciones empezaron a tomar la forma de una tesis.

Por otro lado, quienes fueron mis informantes me habían condicionado la entrega de sus tesoros, la mayoría me encargaban terminar un libro alabancero bonito y completo, que luciera por incluir hermosos cantos inéditos, para ellos cantos que no estaban en ningún alabancero conocido. Pero también hubo



quien me hizo prometer que a cambio yo debería cantarlos cuando él fuera “llamado a cuentas”.

Hubo quienes en un principio se negaron y al final me proporcionaron muestras extensas de sus creaciones o posesiones. Hubo quienes confiaron en mí para hacer que sus cantos no se fueran a perder; al contrario, que perduraran en las voces y las memorias de los compadritos de la tradición.

Ya lo dije antes, como tesis requirió de un estudio introductorio, en él hay una breve revisión de los materiales existentes acerca de nosotros los concheros, se habla de las intenciones de la compilación, del aspecto de la oralidad y la poesía filosófica de la época prehispánica, donde —como ahora— en la danza se exaltaba la memoria oral como parte de las preferencias de la divinidad y de la conformidad de danzantes. Se habla de la organización de los grupos, de los cargos meritocráticos y sus funciones, se habla de los velorios y los rezanderos, de las diferentes velaciones y tendidos florales de los concheros, de su normatividad y reglamentos.

Tal apartado finaliza con una breve descripción de las principales etapas de la recopilación, resaltando sobre todo aquellas anécdotas que protagonizaron algunos de los más cercanos y conocidos jefes de la



danza de concheros. Además se incluye un texto personal y de homenaje hacia mi maestro y benefactor principal: el jefe Faustino, en el que describo solamente algunas de las cosas que pasamos durante los primeros meses de conocernos.

La sección de cantos incluye unos trescientos agrupados en veintidós capítulos ordenados por tema, uso ritual y autor; una parte considerable de ellos fue recabada de forma oral, otros fueron transcritos de viejos alabanceros y hojas sueltas, otros fueron proporcionados por sus propios autores. Respecto a lo anterior, debo hacer notar que los danzantes —y más exactamente algunos jefes de tradición— son los responsables de renovar y enriquecer el repertorio de cantos ceremoniales, por ello el acervo va en aumento. No omito señalar que también algunos de ellos van quedando en desuso y con el tiempo llegan a ser olvidados, sólo se conservan algunas estrofas o partes de ellas, pero sus tonos y música se pierden.

Los cantos nuevos o recientes representan un motivo muy atractivo para la comunidad de danzantes en general, y debido a ello son muy codiciados y en ocasiones también muy celados por sus creadores.

Los cantos se distinguen también por su modo de

ejecución, por su ritmo y por el momento de la ceremonia en que son interpretados. Así se habla de alabados, pasiones, despedidas, mañanitas; los más recientes cantos enaltecen los orígenes prehispánicos de nuestra raza y de la tradición de esta danza, también denominada de conquista o azteca-chichimeca.

Algunos apartados están organizados de tal manera que un danzante experto o un novato o cualquier persona tenga la facilidad de llevar la continuidad de una ceremonia.

De ellos quisiera mencionar el primer grupo, que incluye los principales cantos de permiso y gracias; cantos que no habían sido publicados y sólo se han preservado por tradición oral; los que corresponden a las imágenes de los cuatro vientos con un énfasis muy especial de los dedicados al señor de Chalma, a la Guadalupeana y al señor del Sacromonte; la serie de cantos para difuntos, que siguen el orden que exige el rito mortuario y los cantos dedicados a los jefes fallecidos, donde es notorio el sentir general de los danzantes por su linaje y el cuidado y respeto que se tiene por el esfuerzo que hicieron los antepasados para conservar la tradición.

Quizá no deba verse exclusivamente como un manual de los concheros, sino como una herramienta de apoyo para los integrantes, los interesados y los que de alguna manera se identifican y benefician del antiguo movimiento de esta danza ceremonial.

Ahora sí, el libro concluye con un apartado fotográfico de las ceremonias de velación y danza de los santuarios y de los jefes antiguos, recientes y aún los que rigen en la actualidad, principalmente en la región aleña a los volcanes, los pueblos de arena y piedra.

Mención especial merece el prólogo del maestro Carlos Montemayor, quien gentilmente accedió a la petición del autor; como muchas de las circunstancias que rodearon la formación de esta investigación en un libro, fueron actos afortunados, también lo fue el apoyo de PACMYC Estado de México, y el de diversos integrantes de las corporaciones de danza, familiares y amigos que confiaron en el desarrollo de este proyecto.